

## Juan 20:1-10

Pascua de Resurrección, 1999 Juan 20:1-10

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. <sup>2</sup>Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. <sup>3</sup>Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. <sup>4</sup>Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. <sup>5</sup>Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. <sup>6</sup>Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, <sup>7</sup>y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. <sup>8</sup>Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. <sup>9</sup>Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. <sup>10</sup>Y volvieron los discípulos a los suyos.

Hoy es el día más triunfante del año cristiano. Hoy celebramos que las ataduras de la muerte fueron obligadas a dejar su presa, que Satanás y el pecado cayeron derrotados, que la vida y la inmortalidad fueron traídas a luz por nuestro Señor Jesucristo con su espléndida resurrección de entre los muertos. Es un día de gozo y alegría, un día que la iglesia llena de alabanzas y gozosos estribillos de alabanza, porque la victoria que Cristo reveló en ese día es una victoria que ha ganado para nosotros, una victoria que asegura nuestra resurrección de los muertos, una victoria que sella a nosotros la promesa del perdón de los pecados ganado por la muerte de Cristo el viernes santo. Todo se llena de cánticos y alabanzas de victoria.

Pero el tono al comienzo de ese primer día de la Pascua fue muy diferente. En ese día encontramos a unas mujeres tristes, madrugando para llegar a la tumba y terminar de pagar su último servicio a un amigo fiel que había muerto. Encontramos a los discípulos, tristes, temerosos y desilusionados, porque el que habían esperado que redimiese a Israel en vez de eso había muerto. Y cuando María Magdalena junto con las otras mujeres se acercó a la tumba, preocupada de cómo podrían quitar la piedra inmensa que habían puesto para asegurar la tumba para llegar al cuerpo de Jesús, se acercó a la tumba y se dio con la sorpresa de que la piedra ya estaba quitada. Temió lo peor. Los enemigos han de haber profanado la tumba. Ni muerto lo habían querido dejar descansar en paz. Lo habían llevado para someter ese cuerpo de su amado Señor a quién sabe qué indignidades en otra parte. Así que deja a las otras mujeres y temerosa y

perturbada va en busca de Pedro y Juan para que ellos puedan ayudar a ver qué pueden hacer en esta situación tan triste y lamentable. “Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”.

Pedro y Juan tampoco se dan cuenta de lo que realmente había pasado. Llenos de temor y confusión, ellos también van corriendo al sepulcro. “Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos”. Luego Juan aventajó a Pedro y llegó primero, y agachándose miró dentro del sepulcro y se dio cuenta de que allí estaban los lienzos, pero no había ningún cuerpo ya envuelto en esos lienzos. Pronto llega Pedro, y no se para a la entrada. Entra y ve también los lienzos, y en otra parte el sudario, bien doblado y puesto en cierto lugar. Con eso, Juan también se anima a entrar y mira las mismas cosas.

¿Qué pueden significar estas cosas? Si el cuerpo de Jesús haya sido robado, ciertamente lo hubieran llevado con los lienzos puestos. Y si acaso los hubieran quitado, ¿no estarían entonces todos cortados, y tirados aquí y allá? Y el sudario, ¿se hubieran tomado el tiempo y la molestia para doblarlo y dejarlo bien arreglado en un lugar aparte del sepulcro? Había mucho que no parecía concordar con esa primera tesis de las mujeres y de los discípulos mismos.

Y aunque de Pedro se dice solamente que “cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido” (Lucas 24:12), de Juan nuestro texto dice que “vio, y creyó”. Fue todavía una fe débil, una fe que no estaba lista a arriesgarse hablando a otros de su conclusión, al parecer ni al propio Pedro, pero las señales que el Señor le había dejado en la tumba eran suficientes para convencerlo de que Cristo realmente ha de haber resucitado de entre los muertos.

Así que, para cuando termina nuestro texto, al menos para Juan el día de la más profunda tristeza se ha convertido en un día de al menos una gozosa esperanza contra esperanza en la resurrección de Cristo de entre los muertos. Con la aparición de Cristo a María, a varios discípulos, luego a todos los discípulos, a los discípulos en el camino a Emaús, y luego una semana después a todos los discípulos, inclusive al dubitativo Tomás, esta esperanza creció y se convirtió en seguridad de parte de todos los discípulos, y fueron capacitados a proclamar la victoria de Jesús manifestada en su resurrección de entre los muertos, un mensaje que sigue resonando hasta nuestros días y en nuestro país.

¿Pero cómo debemos explicar la falta de fe y alegría al comenzar ese día? ¿Por qué esa tristeza, y por qué esa

conclusión inmediata cuando la piedra estaba quitada de que la tumba ha de haber sido violada por los enemigos de Jesús? Juan nos dice con tristeza lo que motivó esa lamentable situación. Dice: “Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos”.

Con esto Juan está realmente indicando su propia culpa. Debe haber estado esperando con animada anticipación la noticia de la tumba vacía. Debe haberse alegrado tan pronto como María llegó a hablarle de la piedra quitada. Debe haber sabido ya desde entonces lo que había sucedido, pero no fue así. Sólo después de ver las señales que no se podían interpretar de ninguna otra manera se atrevió a esperar que lo que su Señor había dicho tantas veces acerca de resucitar en el tercer día se haya cumplido. Pero siglos antes los profetas habían dicho que precisamente eso tenía que pasar.

En el Salmo 16 David escribió: “A Jehová he puesto siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; Mi carne también reposará confiadamente; Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea corrupción”. En este salmo que habla proféticamente del Mesías, se profetizó con claridad que el Mesías, el santo de Dios, no sería dejado en el sepulcro. Su carne ni siquiera comenzaría a podrirse como es común para los seres humanos pecadores que por su pecado están sujetos a la muerte. En el caso del Hijo de Dios, la muerte tendría que ceder, su muerte resultaría en una derrota total de la muerte.

En Isaías 53, el profeta dijo: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos”. Allí Isaías profetizó que el Siervo de Dios pondría su vida en expiación por el pecado. El siervo moriría no por sus pecados, sino para expiar los pecados de todos los pecadores del mundo. “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Pero después de pagar ese horrible precio por nuestros pecados, el profeta anuncia que Cristo “verá linaje, vivirá por largos días”. ¿Cómo puede ser esto? Solamente si el mismo que estuvo muerto otra vez volviera a vivir, resucitara. Eso es lo que sucedería. Y con los más benditos resultados para nosotros y todos los pecadores. “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos”. Después de su terrible muerte, vería linaje, una gran multitud de los que fueron redimidos por

su sangre y que recibirían vida por la fe en su sacrificio hecho por ellos. Nos dice que “por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos”. Pecadores serán pronunciados justos ante Dios por el Salvador resucitado. Y esto es lo que da la mayor satisfacción a Cristo. Se deleita en justificar a los pecadores. Se deleita en pronunciar el perdón a aquellos que sin él estarían eternamente perdidos en el infierno.

El Salmo 22, después de hablar del Mesías como abandonado por Dios y atacado por todos los enemigos, después que afirmar que Jehová mismo pone a este inocente siervo suyo en el polvo de la muerte dice de ese mismo siervo: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos; En medio de la congregación te alabaré. Los que teméis a Jehová, alabadle; Glorificadle, descendencia toda de Jacob, Y temedle vosotros, descendencia toda de Israel. Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, Ni de él escondió su rostro; Sino que cuando clamó a él, le oyó. De ti será mi alabanza en la gran congregación; Mis votos pagaré delante de los que le temen”. Otra vez, después de abandonado a la muerte, alabará a Jehová en la congregación. Aunque lo abandonó primero a la muerte, no lo dejó así, sino Dios lo escuchó cuando oró a él, y respondió restaurándolo a la vida. Y allí también se afirma de él que “La posteridad le servirá; Esto será contado de Jehová hasta la postrera generación. Vendrán, y anunciarán su justicia; A pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto”. Aquí otra vez habla de su posteridad que le servirá. Habla de su justicia, la justicia con que el que murió y ahora vive justifica a los pecadores, un mensaje que saldrá a todas las generaciones, “que él hizo esto”, equivalente al “Consumado es” que Cristo habló antes de morir en la cruz.

Así es que, Juan está confesando aquí que realmente estaba sin excusa por no haber creído antes de ver esa evidencia, porque ahora reconocía que había sido claramente revelado en la Biblia muchos siglos antes. Y todo lo que Jesús había anunciado estaba conforme con esa revelación anterior de Dios. Solo es que, como no querían creer a Jesús cuando hablaba de su muerte, no podían realmente oírlo tampoco cuando hablaba de su resurrección de los muertos. Pero el Señor no los rechazó por esa falta de fe. La tomaba en cuenta, y dio esas señales de su resurrección. Aunque deberían haber creído sin ver, se dignó aparecer vivo muchas veces al pequeño círculo de los creyentes, para fortalecer su fe y darles ánimo. No quería que perecieran, e hizo todo para que se dieran cuenta de que tenían a un Salvador vivo que había salido airoso en su batalla con todos sus enemigos.

¿Y qué tal nosotros? ¿Cuántas veces no nos atribulamos, nos quedamos en la duda y la tristeza, somos vencidos de temores y angustias, y todo porque no hemos prestado la debida atención

ni recibido plenamente en el corazón lo que ha declarado la Escritura? Dios no miente. Lo probó muchas veces en la historia de Israel. Lo probó otra vez con la resurrección de Cristo de entre los muertos. ¿Y mentirá ahora cuando nos asegura que la resurrección de Cristo garantiza nuestra victoria sobre la muerte? ¿Seguiremos apesadumbrados con el pensamiento de que algún día nosotros estaremos puestos en la tumba? No pudo retener a nuestra cabeza, ¿y podrá retener a los que son su cuerpo? Ah, dicen, pero mis pecados son tantos. ¿Pero no ha dicho Dios que su siervo justo, resucitado de entre los muertos, justificará a muchos, es decir, los declarará perdonados y por tanto hijos de Dios y herederos del cielo? ¿Estará mintiendo? ¡Ni pensarlo! ¿Pero alcanzará también ese beneficio para el perdón de mis pecados? Escucha a Pablo: hablando de Abraham dice que “su fe le fue contado por justicia”. Y luego sigue para decir: “Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Si tienes transgresiones, — ¿y quién no las tiene? — Cristo fue entregado por ellas. Pero entonces también su resurrección significa tu justificación, tu perdón.

¿Todavía dudas? Escucha a Juan en su primera epístola: “Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Sí, por los de todo el mundo. ¿Estás excluido allí? De ninguna manera. No cometamos el error de los discípulos, de María, de las otras mujeres en ese día, buscando entre los muertos al que vive, porque no entendían las Escrituras que estas cosas tenían que ser así, que él tenía que morir y resucitar de entre los muertos. Sólo les causaba dolor y tristeza totalmente innecesarios. Del mismo modo, tu angustia y preocupación acerca de si tus pecados realmente son perdonados son innecesarias, y sólo te roban del consuelo que tu Salvador resucitado quiere darte en abundancia. Estudiemos las Escrituras, luego, buscando el pleno entendimiento de todas las maravillas de nuestra salvación que tenemos gracias al Señor que murió por nosotros para expiar toda nuestra culpa, y resucitó para garantizarnos nuestro perdón y por tanto nuestra propia resurrección para la vida eterna. Amén.